



ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS

Si fuera verdad el concepto del Abate Bremond cuando alude al "estado poético", Enrique Casaravilla Lemos, debería ser considerado una de las figuras de la lírica de Hispano-América. Pero ateniéndonos a la afirmación de Jorge Guillén: "No hay más poesía que la contenida en el poema", cambia la medida del enfoque crítico.

Casaravilla Lemos, con su profundo sentimiento de poeta, que le hace dar de golpes con su cabeza metafísica contra el aire y la pared del misterio, deja en descubierto al hombre que inquiere afanoso ante los problemas de la vida y la muerte. Su interrogante, desde la sombra se agazapa para adquirir las formas de un escepticismo a veces "inocente y pastoril", otras obligándole a preguntarse si se podrá liberar de sí mismo. Palpita apasionadamente, sin poder, empero, siempre traducir esta intensidad y guiarla con la certera autocrítica que hace

del hombre sensible y artista, un poeta. Por ello, debe lamentarse la desigualdad de su obra, ya que con Marichalar y Housman, creemos que no debe confundirse lo que es "nobleza en las ideas morales, con la poesía misma".

Desde su último libro editado en 1930, Enrique Casaravilla Lemos, casi no escribe. Hoy es un renegador de la misma poesía, que lo lleva a condenar su labor, salvo —claro está— algunos poemas que hacen de él, un poeta que se arrodilla con humildad "como la menos suave flor entre sus hojas". Un poeta personal por su aliento y su subjetivismo creador; substancial por el ritmo, en que el pensador suele derivar hasta la vulgaridad de la expresión, aunque esté presente la idea, la lógica, la razón o la intuición, esa intuición que termina por arrastrarlo al verso con su fatalismo.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS. — Montevideo, 1889. — *Obras*: Las Fuerzas Eternas, 1920; Las Fuerzas Desnudas, 1930.

COMO LA MENOS SUAVE FLOR...

Yo estoy condenado a mi antiguo sufrir,
 como el ojo a mirar,
 cual la cima a romper la tormenta,
 como el fuego a abrasar!

Y la tierra me ríe! y el cielo me protege!

Yo estoy condenado a los trabajos eternos.
 ¡Cuándo pasará esta demencia que me alza... y me
 [lanza!

¡Cuándo descansaré como la menos suave flor entre
[sus hojas!

(“*Las Fuerzas Eternas*”)

JÚBILO VIVIENTE

Haré temblar, a mi ritmo, la tierra.
La haremos temblar, con los compañeros impetuosos!

Antes de alejarme en el abierto horizonte,
dispersaré oro de júbilo, y pétalos y palmas de regocijo;
¡correré ríos de alegría! ¡alegría!, ¡mi alegría de des-
[bordadas alegrías!

Y derrocharé tumultos
de precipitadas ondas...
Y levantaré, seguido uno del otro
subiendo al cielo curvo,
discos livianos de joviales rapidezces,
—que me alcancen las manos de los niños—
y campanillas verdes más ligeras y vivas que el brillo
[de las risas,

esparcidas en el aire, por mi paso
en descuidada carrera!

(¡Oh... nuestra vida es gloriosa!

Glorioso y divino el mundo!

Dura la vida es: mas, la dureza

del mundo,

¿no es el brillo y la gloria de mis pasos?...)



Besaré hasta el fondo la más loca de las bocas, la más
[pura de las rosas,

¡hasta el peligro glorioso!
 las más llenas de fruta y de violencia;
 bebiendo de la vida de las que amo, hasta no resistir ya los
 [latidos azules!
 de esas jóvenes que encuentro, y amo,
 embriagado en los dedos, los muslos y los labios
 hasta desmayar ardorosamente de enloquecida plenitud
 [radiante
 de leches y de sol...



¡Los instintos y los deseos en los días perfumados!...
 Ah!... los deseos!... los grandes impulsos felices, el súbito
 [entusiasmo profundo en las brisas perfumadas!...



Verteré gota a gota mis delirios amantes
 (revelados cuando soñaba por entre los mirtos
 lejanos,
 un día...)
 en la gruta roja donde los besos extenuados
 dudan y queman con miles de pequeños dientes
 en la sangre!



Estremeceré en mi abrazo, y venido con hojas en las manos,
 entre mis grandes júbilos de oro, de risa, de plata, de
 [locura de rosas
 la más temblorosa flor encendida y venturosa
 de las rumorosas eternas rosaledas
 en la lasciva miel del deleite...
 (palomas curvas de amor pasan presurosas),
 ebrio de los amaneceres sutiles y ligeros, de la claridad
 [del día

y de ventura desordenada de jardines.
Y llevado por las renovadas danzas del mundo
los innumerables sonidos, las caricias...
me perderé con una flor entre los brazos!...



Sagrado de deleite inagotable
saltaré libremente

por la Tierra

con locura virginal y sin mal—,

por la Tierra, querida numerosa,
infatigable de baile sin fin, de asombro! y de armonía
amorosa!

Y con la luz errante de mi hermano el gran astro solar
—la frente en vuelos—

como el astro desnudo... y locas de oro las livianas miradas
[perfectas de deseos,

y brillando con los colores de los frutos rubios y de los
[rojos pétalos,

galoparé sobre todas las brisas:

las brisas de los huertos

las de las voluptuosas islas

las de las ondas tibias, las de las regiones...



Lleno de rosas, ramos del amor;
quemándome la vida ardiente racimo;
misterioso genio de la poderosa alegría
y dueño de las Alegrías flexibles e inmortales,
descenderé como el invencible de los floridos bosques
hacia el distante horizonte
de la noche,
donde el Sueño abre sus brazos a los que marchan;
¡Lleno de vinos verdes!



Y, más allá —un día—
 del abierto horizonte ya vivido,
 las sombras sin corazón ya desde muy atrás rendidas
 me verán cruzar la noche
 de brazos generosos de oscuridad y silencio
 —la encadenada noche de extendido sueño—
 sobre rojos caballos
 o sobre descubierto carro lejano y volador...
 de hierro y resplandor:
 ¡con mi rojo corazón de jugador Primavera!

AROMA DESNUDO

A Fernando Pereda.

La belleza ligera
 La ligera belleza
 La belleza ligera del Amor y la música
 eso es lo que yo busco, es eso lo que adoro
 cuando mi sueño doran
 las risas
 de las brisas!
 a lo largo del Sol,
 debajo de la Luna
 (los indecibles lados de la luz y el amor),
 cuando mi sueño llevan con sus dedos las brisas!...
 La belleza con ala, cual los sueltos aromas.
 La ligera belleza del libre corazón
 descuidado... sin lágrimas... del peso de los días!

EN LO OSCURO DE LA SENDA

¿El más allá?... ¿La otra vida?...

Una hoja helada voló
golpeando, al bajar, mi carne,
y desde su nada habló:
vanidad, pena de todo,
perdición, frío!...

¿Qué dios,
cuál dios, cruel deshojador,
con el peso de una espada
y el sigilo de una hoz
me la envió, mientras temblaba
mi cuerpo en viejo pavor,
en lo oscuro de la senda,
sin una gruta de amor?

SALMO MELANCÓLICO

Yo en el teatro del mundo dejaré agregado
mi acento: Habré cantado, bailado ¡y más llorado!...

Y aunque han de pasar furias largas, de mi pie
recuerdo y de mi lengua himno, en él dejaré

dando sonidos para los tiempos inconstantes.

Del pasado se oirá llegar lo que era antes...!

No seré sólo

una

columna de humo. Habré
muerto y no habrán perdido su brillo mis instantes...

(De "Las Formas Desnudas").